

POSIBLE INFLUENCIA DEL NAHUATL EN EL USO Y ABUSO DEL DIMINUTIVO EN EL ESPAÑOL DE MEXICO

Por J. IGNACIO DÁVILA GARIBI.

Entre las diferencias que se advierten en el español de México con respecto al que se habla en España es notorio el uso y el abuso del diminutivo en la conversación familiar.

Con frecuencia se oye pedir un *cachito* de algo, invitar a alguno a tomar *frijolitos*, se ofrece un *coñaquito* o un *maderito*; se dice que esperen *tantito*, que coman poco a *poquito*, que no hablen tan *quedito*; que si van a la Villa de Guadalupe compren *gorditas*; que el día del Corpus se venden *mulitas* cargadas de frutas y golosinas; que a los niños les agradan mucho los *soldaditos* de chocolate y a las niñas las *panochitas* de leche; que en los mercados hay puestos de pepitas, de *carnitas*, de *gorditas*, etc., etc.

En los días de las posadas se ven muchos *borreguitos* en los "nacimientos" hogareños; abundan las *palomitas* de galletina en los improvisados altares que con el nombre de "incendios" se levantan los Viernes de Dolores en algunos hogares cristianos y no faltan en los templos de los barrios ni los *comalitos* ni las *cazuelitas* sembradas de cebada en el altar del "Monumento" los jueves santos.

Con frecuencia se dice entre amigos y familiares que a cada *capillita* se le llega su *funcioncita*.

Los jóvenes alegres suelen llevar por las noches un *gallito* a sus amigas y prometidas y en el cumpleaños de éstas y en el día de su santo, al amanecer, les van a cantar las gustadas *mañanitas*.

Los forasteros, para orientarse en la ciudad de México, suelen buscar la colosal estatua ecuestre de Carlos IV popularmente llamada *El Caballito*, a pesar de su tamaño.

En Guadalajara, Jal., hubo un distinguido maestro de muy baja estatura popularmente llamado *Sanchitos* y un canónigo, que cuanto tenía daba de limosna a los pobres, más conocido por el *Padre Rositas* que por el señor de la Rosa. En Monterrey hubo un intelectual muy popular y querido a quien se recuerda todavía como *Gonzalitos*. . . Podrían multiplicarse los ejemplos de apellidos convertidos por el pueblo en diminutivos.

El abuso del diminutivo llega hasta los adverbios, que por su naturaleza son invariables y se hace extensivo a algunos giros, modos o locuciones adverbiales tan abundantes en el lenguaje popular de México. Sirvan de ejemplo *adiosito*, por *favorcito*, *apenitas*, etc., etc. *Poco a poquito* te voy queriendo, dice una canción ranchera muy popular que estuvo de moda hace poco tiempo.

Ni el nombre de Dios se ha escapado del diminutivo. En el lenguaje familiar se enseña a los niños a llamar "Diosito" o "Papá Diosito", al Ser Supremo.

Muchos nombres indígenas, de diversas procedencias lingüísticas, casi siempre se usan en diminutivo. Vg.: *guaricita*, por indita (del tarasco) *boshito*, por mozuelo (del maya) *tonchito*, por gatito (del coca) *tohuisito*, por indito estudiante (del tarahumar), etc., etc.

Tan grande es la tendencia del diminutivo en nuestro lenguaje popular que aun vocablos de origen extranjero que no se han adaptado todavía a la evolutiva fonética del idioma español, suele dársele la forma diminutiva. Vg.: *Swettercito* (de *sweter*), *jolecito* (de *hall*), etc., etc.

El uso del diminutivo en México es algo así como el pan de cada día. ¿Por qué? Indudablemente —creo yo— debido a la influencia del idioma náhuatl en que tan profúsamente se usa el diminutivo y que necesariamente tuvieron que hablarlo los conquistadores españoles para poder comunicarse con los indios.

El idioma náhuatl, azteca o mexicano, es rico en diminutivos. Los hay de diversas clases y con diferentes matices de significación, según el sufijo secundario con el cual se sustituye el primario o formativo del vocablo. De ahí que de una voz primitiva se formen muchas derivadas sin que la

variedad de diminutivos haga perder el valor fundamental de la palabra.

Empléanse también en vez de sufijos secundarios, ciertas palabras como *conetl* y *tepito* que agregadas a la voz principal desempeñan un oficio parecido o semejante al de las llamadas palabras morfemas en los compuestos griegos *phonía*, *graphía*, *manía*, *logía*, etc.

Sirva de ejemplo el vocablo náhuatl *mázatl* en su significación específica de ciervo o venado, cuyo diminutivo puede tener diferentes formas, según el punto de vista desde el cual se considera dicho animal.

A un venadito recién nacido o por lo menos de corta edad, se le llama *mazaconetl* (cervatillo); a uno pequeño, de baja estatura, chaparrito, como vulgarmente se dice, nóbrasele: *mazatepito*. Si a cualquiera de ellos se le menciona respetuosamente: *mazatzin*, si el vocablo se quiere hacer respetuoso y afectivo a la vez *mazatzintli*, si momoso, *mazápil*.

Aun en los topónimos —a lo que parece— se halla vinculado el nombre del venado en diminutivo: *Mzapilco* (lugar de venaditos), hoy *Mzapil*, por más que este vocablo se preste a diversas interpretaciones, entre otras, lugar de venados nobles, que le da Peñafiel en su Nomenclatura Geográfica de México.

Con *-zin*, los topónimos nahuas son más abundantes. Vg.: *Tzapotzinco*, en los zapotitos, *Acatzinco*, en los carricitos, *Nopalzinco*, en los nopalitos, *Mexicaltzinco*, en las casitas de los mexicanos, etc., etc.

Con el diminutivo de plural recuerdo de momento: *Ahuatzintzinco*, en las encinitas (de *ahuatzitzintin*, y *co*), lugar mencionado en la Matrícula de los Tributos.

Y no hay que olvidar uno de los diminutivos familiares más expresivos: el que se forma mediante la duplicación de la primera sílaba sin pérdida de sufijo primario. Ejemplo: *ma-mázatl*, venadito.

Dicho sufijo no se conserva, sino se cambia, cuando un adjetivo posesivo entra en composición con algún sustantivo terminado en *-tl*. Vg.: *nomazauh* (singular), mi venadito, *tomazahuan* (plural), nuestros venaditos.

Y, como si fueran pocos todos estos diminutivos, tenemos otros dos, que más o menos equivalen a los españoles *-ico*, *-illo* y *-uelo*. Estos son *-ton* y *tonli*. El primero un tanto

despectivo: *mazáton*, venadillo; el segundo, más o menos indiferente: *mazatontli*, venadito.

Se dice que el sufijo formativo *-tli* asociado al despectivo *-ton* atenúa el desprecio y en esta forma hay varios vocablos de uso corriente, tales como *piltontli*, niño, *tepetontli*, cerrito.

Conque mientras que en castellano tenemos para el diminutivo del venado: venadito, venadico y venadillo, en náhuatl imprimiéndole al vocablo diversos matices de significación podemos decir: *mazacónetl*, *mazatepito*, *mamázatl*, *mazátzin*, *mazatzintli*, *mazáton* y *mazatontli*.

Por otra parte, hay muchos vocablos que los indios de habla náhuatl —cuando menos en algunas regiones del país— dicen casi siempre en diminutivo. Vg.: *etzintli*, frijolitos, *minizton*, gatito, *tepitzin*, tantito, poquito, etc., etc.

El finado maestro don Mariano Jacobo Rojas decía que el diminutivo, particularmente en los indios ya muy entrados en años es la sal y pimienta de sus conversaciones y que aun en frases y oraciones muy cortas lo usan.

Recuerdo entre otras, una que ponía en boca de una ancianita a quien suponía le habían quebrado un traste lleno de agua:

¿Aquin oquinoqui nátzin? ¿Quién tiró mi agüita?

La influencia recíproca entre el idioma del conquistador y el del vencido era inevitable en ese tiempo. A esto se debe, a mi modo de ver —y creo estar en lo justo— la abundancia de diminutivos en el español que se habla actualmente en México.

Seguramente que el hábito de emplear tantos y tan variados diminutivos de uso corriente entre los aztecas, oídos por los criollos y en repetidas ocasiones usados por estos últimos en virtud de bilingüismo que imperó en parte de la Nueva España a raíz de la conquista, fue un factor importante en la formación del español de México.

Por otra parte, los hijos de los españoles avocados en México, aprendían el idioma de Castilla en labios de sus padres y familiares y lo hablaban con sus parientes y amigos criollos; pero al mismo tiempo aprendían el náhuatl cuando sus niñeras y criados se comunicaban con ellos.